

HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO


Antonio Fontana

Siruela Nuevos Tiempos



Antonio Fontana

Hasta aquí hemos llegado

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: diciembre de 2020

Esta edición ha contado con el patrocinio de



En cubierta: Ilustración original de la edición francesa de
El Decamerón (c. 1435), Giovanni Boccaccio
© Antonio Fontana, 2021
© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-73-4

Conversión a formato digital: María Belloso

Acta de la reuni3n del jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n 2020

Reunido el 14 de septiembre de 2020 el jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n, compuesto por Dña. Rosa Regàs, Dña. Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D. José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Dña. Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerdan por mayoría conceder el Premio de Novela Caf3 Gij3n 2020 al autor Antonio Fontana, por su novela *Hasta aqu3 hemos llegado*.

El jurado ha destacado dos cualidades fundamentales: la primera es que se trata de una visi3n tan sutil como ins3lita y divertida de la ancianidad; la segunda, el riesgo que ha asumido el autor al crear un conjunto de voces bien caracterizadas, las cuales rompen con los estereotipos que m3s circulan en nuestra sociedad y dan una perspectiva compleja, din3mica y tragic3mica de dicha etapa vital.

ROSA REGÀS
MERCEDES MONMANY
ANTONIO COLINAS
MARCOS GIRALT TORRENTE
JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

*A Ángel,
que me prestó la mesa de la cocina
para escribir esta novela.*

*Y a mi hermano Enrique,
por inventarse a la Aparición.*

*¿Qué hacemos nosotras aquí?
¿Qué esperamos? ¿En qué soñamos?*

GIOVANNI BOCCACCIO,
El Decamerón

La Socorro

Anoche fue otra noche de terror: la Aparición se resistía a morir. Quizá era alérgica a entrar en el Más Allá y por eso lo hizo a rastras, a empujones, plantando cara. Qué tenacidad.

Nunca me cayó bien, la Aparición. A pesar de ello, pobre mujer: un final así no se lo deseo a nadie. Ni siquiera a mi peor enemiga.

Mientras la oía forcejear, intenté tranquilizarme: «Al menos hoy tampoco me toca a mí», «No es mi hora», «No todavía». Porque ganas de morirme no tengo. ¿O del Otro Lado ha regresado alguien para contarnos lo bien que se pasa allí, lo divertido que es?

Cierto: como aquí no se está en ninguna parte. Aunque «aquí» sea Peña Hincada, donde la muerte nos ronda vestida con una bata blanca y, creyéndonos dormidas, se sienta a los pies de nuestra cama antes de tomarnos la temperatura, el pulso, la tensión. Contando las horas que nos quedan, tictac; o descontándolas, nunca se sabe. Tictac. Calibrando, sopesando, decidiendo: «Tú hoy sí», «Tú no», «Tú, quizá mañana», «Tú, ya veremos cuándo». La muerte, con el fonendoscopio colgado del cuello; para auscultar los latidos de nuestro corazón o para estrangularnos con él, no estoy segura.

Otras madrugadas sueño que se cuela por la ventana: un pájaro que, en medio de la oscuridad, despavorido, se

refugia en mi cuarto aprovechando que he olvidado bajar la persiana, apagar la luz o las dos cosas. La muerte dispuesta a construir su nido en la mesilla de noche, en lo alto del armario o junto a mis zapatillas. Para hacer aquí lo que venía a hacer en otra habitación. Con otra interna.

Menuda hija de la gran puta, la muerte.

Hoy la mesa del desayuno tiene más kilómetros de extensión que ayer; y no, no son imaginaciones mías.

Esta mañana, en torno a la mesa del desayuno, que es también la mesa de la comida, de la merienda y de la cena, no solo hay una silla menos, sino que las sillas que quedan están más distanciadas las unas de las otras. ¿Para mayor comodidad nuestra? Nanay. Para que no notemos que falta un hueco; un cubierto; el lugar que hasta ahora ocupaba la Aparición. Y yo me acuerdo de *Diez negritos*.

La Aparición: delgaducha, blancuzca, casi transparente. Una anciana a la que el tiempo se le iba en pasearse por la residencia desgastando las baldosas con sus zapatillas. Mientras la Millones:

—¡Cría cuervos!

Y la Académica:

—Mi amor de las cuatro de la tarde, ¿eres tú?

Y la Ciempiés:

—«Cuenca encantada».

—«Lisboa al alcance de la mano».

—«Romántico Danubio azul».

El *tour*, lo llamábamos nosotras. «Ya está la Aparición haciendo su *tour*». Del comedor al saloncito verde, del saloncito verde a la capilla, de la capilla al saloncito burdeos, del saloncito burdeos a la estupidez esa del «laboratorio de manualidades», y de allí al primer piso, al

segundo, al tercer piso; y vuelta a empezar, pero en dirección contraria. Y así todo el día, como si huyera del olor a pipí que nos persigue de habitación en habitación. Y el director:

—Imposible.

—Aquí no huele a pipí.

—Desinfectamos con zotal.

Y María la Chica:

—Claro, claro.

Y María la Grande:

—Faltaría más.

De tanto caminar, de tanto subir y bajar escalones, menudas piernas debía de tener la Aparición, menudos glúteos; la envidia de cualquier deportista. Aunque, en realidad, como era parte del paisaje, la veíamos sin prestarle atención —por el rabillo del ojo, como quien dice— y solo reparábamos en ella cuando nos sobresaltaba:

—Juajuajuá.

Una risa de infarto. Grave, profunda. Es increíble que aquel cuerpecito de sífilis, que dirían en mi pueblo, fuese capaz de emitir un vozarrón como salido del fondo de un pozo:

—Juajuajuá.

La Aparición, experta en sustos. Se materializaba cerca de ti, estuvieras jugando al dominó, viendo la tele o de cháchara con alguna que otra visita; y entonces:

—Juajuajuá.

No un «juajuajuá» cascabelero, en absoluto: un «juajuajuá» tétrico, cavernoso. Y tú, con la piel de gallina y los congojos en la garganta. Hasta que te acostumbrabas, qué remedio. A su cara llena de arrugas verticales que parecían sombras; a su gesto serio, adusto, de *Pietà* miope; a su risa. Al oírla, las visitas, por el contrario, daban un

respingo, desprevenidas, y se llevaban las manos al pecho, como si el corazón acabara de perder un latido y tuvieran que buscarlo entre los pliegues de la ropa, tanteando —«Por aquí no está», «Por aquí tampoco»—, mientras la Aparición permanecía detrás de ellas con el aire inocente de quien intenta pasar desapercibido: «A mí no me miréis, yo no he sido, fiu, fiu, fiu».

Hablando de las visitas, me han contado que, en cierta ocasión, una de ellas, armándose de valor, le rogó a una de las cuidadoras, entre perpleja y molesta: «Y a esta, ejem, señora, ¿por qué no la amordazan y la atan? ¿No se dan cuenta de que la guerra de guerrillas a la que nos tiene sometidos crispa los nervios del más templado?». Eso dijo: «guerra de guerrillas», y «crispa» y «ejem» y «más templado», todo en apenas dos frases. Se ve que aquella mujer leía bastante. Se ve, también, que era lerda. Porque la Aparición, otra cosa no, pero inofensiva, un rato largo. Boba, pero inofensiva. No le hacía daño a nadie. A pesar de que, cada vez que el escándalo de sus carcajadas te pillaba por sorpresa, te entraran unas ganas tremendas de estrangularla. Con el fonendoscopio de la muerte o con tus propias manos, según.

—¿Nombre completo?

Detrás del doctor, tres niños sonrían dentro del marco de una foto. Vestidos igual, rubitos, monísimos.

Olisqueo la habitación. Huele a humo de tabaco. ¿Será que el médico fuma a escondidas entre paciente y paciente? ¿O quizá lleva el olor pegado en la ropa y lo trae de su casa? «Fumar mata», me gustaría advertirle; sin embargo, no me atrevo. Todo sea por la libertad condicional.

Cientos de libros nos rodean, dándole al despacho un aire de biblioteca. En las paredes, un reloj de péndulo, varios diplomas, una orla. Una vida.

—¿Su nombre? —insiste el médico.

—Perdón, se me ha ido el santo al cielo... —Enderezo la espalda todo lo que puedo, que no es mucho. Una vértebra cruje, ¿o habrán sido dos?, y los niños dan un respingo en el interior del marco de la foto—. Francisca Sánchez Pastor —contesto. «Para servir a Dios y a usted», estoy a punto de añadir; pero recapacito y no lo hago. La condicional.

—¿Qué edad tiene, Paquita?

Digna:

—Doña Francisca, si no le importa, doctor. —La palabra «doctor», un escupitajo—. Hummm, déjeme ver... —Calculo rápido. ¿Setenta y todos? ¿Ochenta y algunos? A pesar del esfuerzo, no consigo acordarme de mi edad, así que, con un

aleteo de pestañas que abanica al doctor, aventuro—: ¿Diecisiete recién cumplidos?

El médico sonrío. No es una gran sonrisa, como la de los tres niños rubitos de la foto vestidos igual y monísimos, pero es una sonrisa, al fin y al cabo. ¿Voy por el buen camino? ¿Me dará la condicional? Ojalá.

—¿En qué año estamos, doña Francisca?

Y yo:

—En 1492.

Él anota algo, así que dudo. Me suena 1492, pero a lo mejor no estamos en 1492, sino en 1493. No lo sé. Los números nunca se me han dado bien, nunca han sido mi fuerte. Soy más de letras. «Letrosa», se decía en mis tiempos.

—¿Profesión?

Sin dudarlo:

—Pues verá, yo quería ser jardinera, como mi padre, para pasarme la vida entre plantas y flores, pero mi madre se negó en redondo: que no, que no y que no. Anda que no era terca ni nada, mi madre. —Imitando su voz—: «La jardinería no te saca de pobre. Debes estudiar una carrera de provecho». Así que estudié Magisterio. Soy profesora. —Como si hiciera falta la aclaración—: Maestra. —Una pausa—. Bueno, ahora estoy jubilada. Ponga mejor «secuestrada». Se-cues-tra-da. Escríbalo, escríbalo. —Por lo bajini—: Si se atreve... —Me aclaro la garganta—: Quiero decir que estoy aquí en contra de mi voluntad. Yo no he pedido venir aquí. Vivir aquí. En Peña Hincada. —Insisto—: Se-cues-tra-da.

Los tres niños rubitos de la foto vestidos igual y monísimos me miran asombrados. «Secuestrada, ¡córcholis!». El médico baja la vista, apunta otra cosa. Una sombra de barba le oscurece el mentón: hoy no se ha

afeitado. Tictac, protesta el reloj de péndulo antes de toser cinco campanadas. Me fijo bien en los niños. Se parecen al doctor. No se parecen al doctor. Desde el interior del marco de la foto, no me quitan el ojo de encima.

—¿Y yo? ¿Cómo me llamo? Rebusque en su memoria, doña Francisca, si es tan amable. Inténtelo.

Rebusco en mi memoria y:

—Don Arturo.

Tan amable y:

—Don Javier.

Intentándolo:

—¿Don Ignacio?

Animoso, optimista:

—Seguro que lo tiene en la punta de la lengua. ¿Sí?

Pero en la punta de la lengua, nada. ¿Será aún posible la condicional?

Tictac.

El médico cambia el bolígrafo de sitio, lo vuelve a poner donde estaba. ¿Habrá cámaras ocultas? ¿Micrófonos? Qué silencio tan denso. Hasta que:

—Bien, bien, bien.

Y, en sus labios, «Bien, bien, bien» suena fatal. En realidad, nunca «bien» ha sonado peor.

Me remuevo en la silla, incómoda. Tictac. «A la mierda la condicional», pienso, y contraataco:

—¿Dónde está la Aparición? —Si hay cámaras ocultas, si hay micrófonos, espero que nos estén grabando, que quede constancia de todo—. La Aparición. ¿Qué han hecho con ella?

Las cejas del médico salen disparadas hacia el techo.

—¿La aparición? No sé de qué me habla, doña Francisca. ¿Ha creído ver algo? ¿Acaso tiene visiones?

—¿Visiones? ¡Y una mierda! Me refiero a la Aparición. A doña Anita. Ana Navarro García.

Los hombros del médico se tensan como pájaros a punto de alzar el vuelo. Cara de circunstancias y:

—Lamentablemente, doña Anita ya no está entre nosotros. —Podría haber dicho «con nosotros», pero ha preferido decir «entre nosotros». Qué mamarracho.

—Vamos, me está intentando usted convencer de que doña Ana se ha mudado. ¿Con nocturnidad y alevosía? ¿Sin hacer la maleta? ¿Y sin despedirse, aunque solo sea con uno de sus «juajuajuás»? —Me río—. ¿Es eso lo que quiere que crea, doctor?

Apesadumbrado:

—No, doña Francisca. Lo que le estoy diciendo es que doña Anita ha fallecido. Que ya no está entre nosotros. Lamentablemente.

—¿Y ha fallecido a causa de...?

En guardia:

—A causa de que tenía cerca de cien años, ¿le parece poco?

—Poquísimo. Yo tengo ochenta y nueve y estoy como una rosa.

—Ah, vaya. Veo que recuerda usted su edad.

—Un milagro, don Aniceto, un auténtico milagro.

—También recuerda mi nombre, lo cual me alegra sobremanera. —No se alegra lo más mínimo, se ve a la legua—. Bien, bien, bien... —O sea, mal. Nueva anotación.

En el interior del marco de la foto, tristeza en los ojos de los niños. ¿Alarma?

Impertinente:

—¿Apuntará mis progresos en su informe, doctor? ¿Si es tan amable?